

UN LIBRO DE VERSOS DE ANDRES HOLGUIN

Escribe: OSCAR ECHEVERRI MEJIA

— I —

Nunca he entendido a los poetas que se silencian. Salvo escasas y honrosas excepciones, el poeta *es o no es*. Es este un destino que no se elige, pero que tampoco se puede eludir. Bien afirmaba Vicente Aleixandre cuando decía: "El poeta que al fin se decide a escribir para sí mismo lo que hace es suicidarse por falta de destino".

Traigo esto a cuento porque en Colombia tenemos varios casos de poetas *silenciados*, vale decir, *retirados*. Son aquellos que en su juventud sintieron "el llamado" de la poesía, tan familiar a los colombianos, e "hicieron" versos. Con ello lograron —con mayor o menor éxito— colocarse al lado de los poetas —poetas, y muchos de ellos siguen siendo considerados como tales—. Sin embargo, no creo en esos poetas de circunstancia o que entraron al reino exquisito de la poesía por la moda o por figurar en los suplementos literarios de los periódicos.

Después de todo, el acto de escribir "es puro, secreto y fatal en el poeta", según Gerardo Diego.

Estas reflexiones me vienen a la mente ante el caso de Andrés Holguín, que iba siendo casi el que vengo citando. Digo casi porque Holguín, en silencio poético desde 1944, solo nos ha regalado las espléndidas traducciones de su libro "Poesía Francesa", publicado en 1951; y su "Antología de la poesía colombiana", por cierto muy discutida y discutible, del año antepasado.

Ahora parece que Holguín ha roto definitivamente ese silencio con su poemario "Solo existe una sangre" (1), publicado en las ediciones "Mito" de poesía en 1959.

(1) "Solo existe una sangre". Poemas de Andrés Holguín. Colección "El Delfín", de Ediciones "Mito", Bogotá, 1959. 61 páginas.

Escribe Andrés —como en sus lejanos tiempos de “pospiedracielismo”— una poesía limpia y clara, sin los arabescos y abstraccionismos de los *novísimos* poetas colombianos. Su poesía, frente a la de un Rojas Herazo o un Gaitán Durán, resulta casi clásica sin llegar a serlo enteramente. Es una poesía de equilibrio, fiel reflejo de su autor.

El libro —que contiene 22 poemas en total— es muy desigual. Al lado de trabajos impecables, de gran hondura lírica y humana como el que le da el título a la obra, hay poemitas como el llamado “Niebla”, casi todo pueril, que tiene versos como estos:

*“Como en un espejo borroso
veo a todas horas tu imagen,
borroso espejo del recuerdo,
borroso espejo de la tarde”.*

Al lado de lugares comunes como los de algunos versos de “Otoño sobre el bosque”:

*“Todo me habla de tí. Todas las músicas
multiplican tu voz. Todo es reflejo
de tí. Todo parodia tu belleza.
Todo me dice que te estoy queriendo”,*

hay pasajes extraordinarios, de gran poeta, como esos dos versos del mismo poema:

*“...y un silencio más hondo que un espejo
copia, en eco nublado, las palabras”.*

Hombro a hombro con poemillas intrascendentes como ese de 4 versos titulado “Sueño”:

*“Mientras duermo, insistentemente
tu imagen por mi sueño pasa
y, despierto, sigo soñando
sueños que dormido soñaba”,*

van poemas de envergadura como “Epitafio para mi tumba” o “Tierra humana”.

Comprendo que el peor crítico del poeta es él mismo. Y que un árbol no da nunca frutos iguales. Lo que se salva de un poeta, lo que en última instancia nos dice su calidad como tal, es el balance de su obra. El de “Solo existe una sangre”, no hay que dudarlo, es favorable a Andrés Holguín.

“Para mí, poesía es confesión”, dice Gerardo Diego. De acuerdo con el gran poeta español, Holguín escribe poesía porque este libro suyo es —ante todo— una confesión. Aquí está el hombre que sufre, el que muere, el que ama y el que sueña; por esas 57 páginas desfila, como en una linterna mágica, el alma de quien las escribió. Dígallo, si no, ese “Epitafio” grabado antes que escrito, esculpido casi en la carne:

*“Despojado así de todo, incluso de sí mismo,
regresó a la eterna combustión de donde vino...”.*

— III —

Comentario aparte merece su poema “Tierra humana”, paráfrasis de uno famoso de James Oppenheim, que yo conocí hace unos 20 años en traducción de Daniel Arango. El poema del norteamericano, lo confieso, es de los que más me han impresionado en mi vida de escritor. Quizá nunca se ha tratado el tema de la muerte como principio de la vida, como motor de la naturaleza, con tanta hondura y belleza como en los versos de Oppenheim.

Decir que el poema de Holguín es —por lo menos— igual al de aquel, creo es el mejor elogio que puedo hacer de “Tierra humana”. En realidad, estas estremecidas estrofas salvarían el libro, si este no tuviera otras virtudes.

Lamento no poder transcribir el poema íntegramente, por falta de espacio, pero no resisto a la tentación de copiar siquiera algunos versos:

*“Yo diría que la tierra está nutrida por la sangre humana,
y que el agua, la savia, la sangre, el vino y las lágrimas
son un solo elemento”.*

¿Y qué decir de exclamaciones como esta?:

*“A veces, he hallado silencios en la naturaleza,
que parecen estar llenos de una sagrada mudéz humana,
como si todo un pueblo enmudeciera”.*

Si “la poesía salva no solamente al que la expresa, sino a todos cuantos la leen y recrean”, según Altolaguirre, declaro que Andrés Holguín no solo me ha salvado con este poema, sino que me ha descubierto al poeta que no había visto en él.

Poeta no es el más oscuro y rebuscado. Poeta no es aquel que escribe sus versos a cientos de kilómetros sobre la realidad. Poeta no es aquel que desdeña olímpicamente al hombre común y corriente y envía su mensaje al “intelectual”, (entendiendo por intelectual al que está *más allá del bien y el mal* de los sentimientos).

Poeta es quien mira el futuro “con los ojos espantados de un niño en la noche”, como dice Holguín. Es quien “se acerca a la verdad”.

Poeta es aquel que tiene un mensaje para los hombres y lo dice en palabras llanas, llanas de sentido y de belleza claro está, atadas “como ramos”, pero comprensibles y eternas. El gran poeta es el que puede decir y predecir. El que usó los vocablos de todos los días, eternizándolos.